

ce primaria y Antonia B. de Ibarra hemos celebra- do el siguiente contrato:

1.º Antonia B. de Ibarra se obliga á dar alimenta- ción diaria á los Superiores, alumnos y portero de la Escuela Normal de Institutores, del modo si- guiente:

1.º El desayuno, que se servirá á las seis de la mañana y que constará de una taza de café negro con azúcar y pan ó una taza de agua de panela para los que la prefieran;

2.º El almuerzo, que se servirá á las nueve de la mañana y se compondrá de los siguientes platos: uno común de sopa, un pedazo de carne asada, nu- na hervido con rebanadas de plátano ó de papas fritas, una taza de chocolate con un pedazo de que- so y un pan blanco común de á 2½ centavos;

3.º La comida, que se servirá á las tres de la tarde, y constará de los siguientes platos: uno de sopa común, un pedazo de carne igual al del al- muerzo acompañado de arroz seco ó papas enteras cocidas, guisadas, ó fritas ó de otro alimento aná- logo, y otro plato variado todos los días, una taza de leche de vaca con un plátano, azado ó bizcochuelo, ó en lugar de ésta: postre; un poco de dulce de azúcar con un pedazo de queso y un pan igual al del almuerzo.

Además, las jueves se servirá el arroz con ensa- lada;

4.º La cena que se servirá á las siete de la noche y constará de una taza de chocolate con pan y queso, ó de un poco de dulce de azúcar, ó una taza de café con leche ó de agua de panela, acompañada de lo mismo para los que lo prefieran.

Los viernes y sábados se servirá un plato de fru- ta cada superior y alumno.

2.º Antonia B. de Ibarra se compromete:

1.º A suministrar todos los útiles necesarios pa- ra el servicio de mesa y de cocina;

2.º A cambiar los manteles y servilletas los miércoles y domingos y á ponerlos perfectamente lavados y aplanchados;

3.º A costear el alumbrado del Establecimiento por medio de lámparas de petróleo con excepción de los cuartos que serán alumbrados con velas de sebo;

4.º A mantener en perfecto estado de aseo las piezas destinadas á la contratista y á dar las esco- bas para el aseo del Establecimiento;

5.º A pagar las cocineras y sirvientes neces- rios para la preparación de los alimentos y servicio de la mesa;

6.º A dar alimentación gratuita á un alumno en- tre cada once y á los sirvientes de la Escuela;

7.º A asistir á los alumnos que enfermen; pero sin hacer gastos de médico ni medicinas;

8.º A asistir á cada superior y alumno por la suma de once pesos cuarenta centavos (\$ 11-40 cs.)

9.º A pagar una multa de uno (\$ 1) á cinco pe- sos (\$ 5) que será impuesta por el Director de la Escuela cada vez que falte á alguna de las obliga- ciones que contrae por este contrato;

10. A pagar al Tesoro nacional la suma de dos- cientos pesos (\$ 200) si faltare á este contrato ó sus- pendiere su cumplimiento sin permiso expreso del Superintendente.

3.º El Superintendente se compromete:

1.º A hacer que se pague á Antonia B. de Iba- rra por meses anticipados y en dinero u val y cor- riente la suma de once pesos cuarenta centavos (\$ 11-40cs.) por cada superior y alumno que reciba

alimentación y la de seis (6) pesos por el portero.

2.º A suministrar á Antonia B. de Ibarra, inme- diatas al local de la Escuela, las piezas necesarias para cocina y conservación de trastos, útiles y víve- res y así mismo, á darle una subvención que se re- gulará por dos personas honradas, nombradas por las partes contratantes en caso de una alza extraordi- naria de los víveres, por escasez, guerra ú otra causa semejante;

4.º Antonia B. de Ibarra asegura el cumplimien- to de este contrato, dando como fiador mancomuná- rio ó *insólidum* al señor Pedro Antonio Cifuentes, quien en prueba de que acepta la respectiva respon- sabilidad, firma este documento;

5.º Este contrato, si fuere aprobado por el Po- der Ejecutivo del Estado, principiará á regir el pri- mero de noviembre próximo y será obligatorio, durante un año para ambas partes.

En fe de lo estipulado, firmamos dos ejemplares de un tenor, en Popayán, en quince de octubre de mil ochocientos ochenta y dos.

FRANCISCO MARULANDA.—*Antonia B. de Ibarra.*
El Fiador; *Pedro Antonio Cifuentes.*—Testigo,
Carlos Dueñas.—Testigo, *Elias Quijano W.*
El Secretario, *José Delgado.*

Presidencia del Estado.—Popayán, 21 de octubre de 1882.

Aprobado.
E. HURTADO.
El Secretario de Hacienda, F. MANTILLA.

CONOCIMIENTOS UTILES PARA LOS NIÑOS.

(Traducción de José Delgado).

LOS HERMANOS DE LA TIERRA.

(CONCLUSION).

El planeta que se halla más cercano de Marte es enormemente grande, pues su volumen es 1500 ve- ces el de la Tierra. Aunque está siete veces más le- jos de nosotros que aquel, podemos observar que es uno de los más brillantes y hermosos del espacio. Se llama *Júpiter*.

Un ferrocarril, andando con la velocidad común á estos vehículos, gastaría 2000 años en atravesar la distancia que hay entre *Júpiter* y la Tierra.

Tiene cuatro lunas que nosotros no podemos dis- tinguir sino por medio del telescopio y que produ- cen buena cantidad de luz.

He dicho que *Júpiter* es el planeta más próximo á Marte; pero esto no es del todo exacto, pues en- tre los dos hay una cosa maravillosa de que voy á hablaros.

Por largo tiempo se creyó que el grande espacio que separa estos dos planetas estaba vacío; pero algunos astrónomos insistían en que allí debía ha- ber algún cuerpo. Entonces se pusieron á observar y á mirar una y otra vez y al fin descubrieron cua- tro pequeños planetas en el mismo lugar en que cre- yeron encontrar uno más grande.

Sorprendidos quedaron los señores astrónomos al tropezar con cuatro planetas donde no creían hallar más que uno; pero creció de punto su sorpresa cuan- do examinándolos detenidamente vieron que no eran redondos como los demás, sino de una forma irre- gular y semejantes á grandes pedazos de roca.

Desde entonces se han descubierto muchos de es- tos fragmentos y se cree que haya muchos más que

no podemos ver ni con el telescopio por la gran distancia á que deben estar. Estos cuerpos se llaman *Asteróides*.

No hay más que un modo de explicar la existencia de los Asteróides y es decir que ellos deben ser grandes pedazos de lo que alguna vez fuera un mundo grande, redondo y ; efecto como los demás, roto en mil fragmentos por algún movimiento violento ó por algún otro terrible cataclismo.

Más allá de este mundo despédazado se halla Júpiter con sus lunas y tan distante de éste, como éste del Sol está Saturno, con sus siete lunas y sus anillos, que son otras tantas lunas de extraña y curiosa forma.

Habéis visto una pintura de Saturno? Yo he visto muchas, y sin embargo, una vez que vi el planeta mismo, al través del telescopio, me pareció tan maravilloso y tan grande como si nunca hubiera formado idea de él.

Saturno es el único planeta que tiene estos anillos, los cuales voy á tratar de describir.

Si rompéis todo el asiento ó parte interior de un plato, no dejando más que el borde ó ala de él y colocáis en el centro de esta circunferencia una naranja, tendréis algo semejante á Saturno; pero con la diferencia de que éste tiene dos anillos (ó más, según dicen algunos) colocados uno dentro de otro, como las circunferencias de dos platos de diferente tamaño.

Algunas veces estos anillos nos presentan únicamente su filo ó parte delgada y entonces parecen hilos de luz que se proyectan sobre el planeta.

Otras veces, éste gira lo bastante para dejarnos ver la parte ancha de los anillos y aún el espacio que media entre éstos y aquel. Oh! entonces Saturno es mucho más bello de lo que es dable imaginar, pues él y sus anillos brillan más que las más brillantes lunas.

Los anillos y las siete lunas derraman luz sobre todo el planeta, dejando solo en la oscuridad una línea de sombra proyectada por los primeros.

Los planetas se hallan á gran distancia del Sol; pero están constituidos de la manera conveniente para que sus habitantes reciban los beneficios del calor y la luz.

Quién sabe si á los muchachos de Saturno, al oír decir que nuestra Tierra está tan cerca del Sol, se les ocurra preguntar: Cómo podían vivir esa gente tan próxima al candente Sol? No se abrasarán esos prógimos?

Pero vosotros sabéis con cuánta comodidad vivimos aquí, á menos que, durante el verano, tengamos uno que otro día de calor sofocante. Y sin embargo, entonces nos queda el recurso de bañarnos ó tomar la nieve que se produce en las regiones elevadas, donde el frío es siempre intenso.

Bien podeis imaginar que aquellos planetas que como Júpiter y Saturno están tan lejos del Sol, no pueden dar la vuelta al rededor de él en el mismo tiempo que nuestra Tierra y por tanto, no os sorprenderá oír que el año de Júpiter equivale á doce de los nuestros y el de Saturno á treinta. Sus días y sus noches son sin embargo cortas, pues duran solamente cinco horas.

Tan lejos de Saturno, como éste del Sol, se halla un planeta llamado Herschel, nombre del astrónomo que lo descubrió.

Su volumen es igual á ochenta veces el de la Tie-

rra y su año equivale á ochenta y cuatro de los nuestros.

Este planeta está tan distante del Sol que si nosotros pudiéramos trasladarnos á él veríamos al gran Astro un poco más grande que una estrella. Quien sabe cómo lo verán sus habitantes, pues es casi nada lo que se sabe respecto de él.

Otros muchos cuerpos celestes se han descubierto en los últimos años; pero como se tienen pocas noticias de ellos su historia es poco importante.

EL CARACTER

POR SAMUEL SMILES.

(Traducción de Venancio G. Manrique.)

Pocos libros tenían Soumet en su biblioteca, pero todos ellos eran excelentes: Homero, Virgilio, el Dante, Camoens, el Tasso y Milton. Las pocas obras que el marqués de Quincy prefería, eran Donne, Chillingworth, Jeremías Taylor, Milton, South, Barrow y sir Tomas Browne; y define á estos autores como "una pléyade ó constelación de siete estrellas de oro, que en su género, no tiene igual en ninguna literatura," y añade que quería acometer, bebiendo en esas fuentes, "la construcción de todo un sistema de filosofía."

El gran Federico de Prusia manifestó muy á las claras sus tendencias francesas en la elección de sus libros: sus preferidos eran Bayle, Rousseau, Voltaire, Rollin, Fleury, Malebranche, y un autor inglés—Locke. Gustábase sobre todo el diccionario de Bayle, que fué el primer libro que le impresionó, y del cual tenía tan alta opinion, que él mismo lo comprendió, lo tradujo al alemán y lo hizo publicar. Solía decir Federico que "los libros tenían una gran parte en la verdadera felicidad;" y, viejo ya, exclamaba: "Mi última pasión será la literatura."

Extraño parece que el libro predilecto del mariscal Blücher fuese la *Mesíada* de Klopstock, y los de Napoleón los poemas de Ossian y las *Devdichas de Werther*. Pero no se reduca á esto el círculo de los autores preferidos de Napoleón, como que también comprendía á Homero, Virgilio, el Tasso, romances de todos los países, historias de todos los tiempos, obras de matemáticas, de legislación y de teología. Detestaba lo él que llamaba "el oropel y la hinchazón" de Voltaire; pero jamás se cansaba de elogiar á Homero y á Ossian. "Leed"—le decía á un oficial á bordo del *Belérophon*—"leed sin cesar al poeta de Aquiles, y devorad á Ossian: esos son los poetas que elevan el alma, y que le dan al hombre un gradador colosal." (1)

(1) También leía Napoleón á Milton con mucho interés, y sir Colin Campbell, que estuvo con él en la isla de Elba, cuenta la anécdota siguiente: Habíbase un día de Austerlitz, y Napoleón explicó como cierta disposición de su artillería, cuyos resultados decidieron la batalla en su favor, le había sido sugerida por el recuerdo de cuatro versos de Milton, que se encuentran en el libro sexto, y describen los artificios de Satanás durante su guerra en el Cielo:

"—En un cubo profundo
Sus infernales máquinas arrastra,
Cubiertas en redor por escuadrones
Cuya tupida sombra las protege
Y hace el fraude á la vista impenetrable."

"Es indudable"—Observa Edwards en su obra *On librarit*—"que estos versos tienen cierta relación con una importante maniobra ejecutada en Austerlitz, y esta circunstancia le da mucho interés al asunto; pero es puro capricho atribuir la victoria á tal maniobra; y para dar crédito á los demás detalles de la anécdota es menester ignorar que Napoleón sabía ya arto de la estrategia de la guerra, antes de que tuviese que aprender nada de Milton."

El Duque de Wellington era un lector muy asiduo, y sus lecturas más preciadas las constituían Clarendon, el obispo Butler, la *Riquezas de las naciones*, de Smith Hume, el archiduque Carlos, Leslie y la Biblia. Interesábale también muy particularmente las Memorias francesas ó inglesas, y, sobre todo, las Memorias francesas sobre historia.

Si los libros son la mejor sociedad de los ancianos, son también á menudo los mejores inspiradores de la juventud. El primer libro que produce una impresión profunda en el espíritu de un joven, hace casi siempre época en su vida: le inflama el corazón, le despierta el entusiasmo, y, dirigiendo sus esfuerzos por vía imprevista, influye en su carácter de una manera permanente. El libro nuevo mediante el cual formamos una especie de intimidad con un nuevo amigo cuyo entendimiento es más sabio y más maduro que el nuestro, puede ser un punto de partida importante en la historia de una vida entera; y á menudo produce á veces una especie de renovación.

Desde el día en que Jacobo Eduardo Smith recibió su primer libro de botánica, ó en que sir José Banks conoció el *Herbario* de Gerard; desde el momento en que Alfieri leyó por primera vez á Plutarco, en que Schiller se familiarizó con Shakespeare, en que Gibbon devoró el primer volumen de la *Historia universal*, cada uno de esos hombres sintió tal inspiración dentro de sí mismo, que le pareció nacer á una vida nueva.

En los primeros años de su juventud, La Fontaine se distinguía por su indolencia: pero habiendo una vez oído leer una oda de Matherbe, cuentan que exclamó: "Yo también soy poeta!" y su genio se despertó. El espíritu de Carlos Bossuet se aficionó desde temprano al estudio, por haber leído los *Elogios* de Fontenelle; y otra obra de este mismo autor sobre la *Pluralidad de los mundos*, determinó la vocación de Lalande para las ciencias, y en el prefacio de esa misma obra, de que él fué luego editor, se leen estas palabras del grande astrónomo: "Complázome en reconocer todo lo que le debo, porque esa lectura comenzó á excitar en mí desde la edad de dieziseis años la actividad devoradora que después se ha conservado constantemente."

Por otra parte, Lacépède se inclinó al estudio de la historia natural por la lectura de la de Buffon, que encontró en la biblioteca de su padre, y que leyó y reluyó hasta aprendérsela casi de memoria. Grande influencia ejerció en Goethe el *Vicario de Wakefield*, de Goldsmith, que le tocó leer en el momento crítico de su desarrollo intelectual, y á ese libro atribuye él una gran parte de su educación. La *Vida de Gotz de Berlichingen*, que él había leído en prosa, le estimuló más tarde á trazar ese carácter bajo una forma más poética, y á ese propósito dice: "La figura de ese rudo y leal campeón de la independencia, en un tiempo de salvaje anarquía, despertó en mí la más profunda simpatía."

Keats fué en su infancia un lector insaciable, pero la *Faerie Queen* fué la que, á los dieziocho años de edad, encendió en él la llama de su genio; y parece que ese mismo poema fué también el que desarrolló la inspiración en Cowley, que habiéndolo encontrado acaso en la ventana de la alcoba de la madre, se puso á leerlo y á admirarlo hasta que, como él mismo dice, se entregó irrevocablemente á la poesía.

Coleridge habla de la grande influencia que los poemas de Bowles tuvieron en la formación de su espíritu. "Las obras del pasado"—dice—"le pareció á

un joven que viene de otra raza; pero los escritos de un contemporáneo son para él una realidad, y le inspiran una verdadera amistad, amistad como la que se siente por alguien que se nos asemeja. Su admiración es el soplo que anima y nutre su esperanza, y hasta los poemas mismos adquieren las cualidades de la carne y de la sangre."

Pero no solamente han sido estimulados los hombres para seguir tal ó cual carrera literaria por la lectura de ciertos libros; también han sido impulsados por ellos á acometer grandes cosas en la parte seria de la vida. De las vidas de Henrique Brainerd y del doctor Carey, que habían trazado los surcos en que él debía sembrar, fué de donde sacó Henrique Martyn su heroico valor de misionero.

Bentham describe la influencia extraordinaria que la lectura del *Telémaco* ejerció en su espíritu cuando era niño; y después de decir que le habían dado una colección de cuentos de hadas, añade: "Otro libro, de orden muy superior, cayó en mis manos; y era nada ménos que el *Telémaco*. En mi infantil imaginación (tenía yo entonces seis ó siete años) identificaba yo mi propia personalidad con la del héroe, que me parecía un modelo de virtud perfecta, y en el trascurso de mi vida, porqué (me preguntaba yo de cuando en cuando) porqué no habré de ser un *Telémaco*?... Esta ficción puede ser muy considerada como la *pedra fundamental de todo mi carácter*—como el verdadero punto de partida en la carrera de mi existencia. Creo que en ese momento fué cuando penetraron en mi cerebro los primeros destellos de los *Principios de utilidad*."

El primer libro que le gustó á Cobbett, y el único que estuvo en su poder, porque lo compró por seis sueldos, fué el *Cuento del tonel*, de Swift.

El deleite con que Pope, cuando era estudiante, leía el *Homero* de Ogilvy, fué probablemente el origen de la *Iliada* inglesa, así como las *Reliquias de Percy* inflamaron el espíritu juvenil de Scott y lo excitaron á emprender la colección de sus *Border Ballads*. Por haber leído cuando niño el *Paraiso perdido*, Keightley se decidió luego á escribir la vida del poeta. "La primera lectura del *Paraiso perdido*, forma"—advierete él—medianio gusto ó sentimiento poético. En cuanto á mí, ese tiempo vive en mi memoria..... Des de entonces la poesía de Milton ha sido mi más constante estudio—fuente de gozo en la prosperidad, de fuerza y de consuelo en la adversidad."

Los buenos libros son, pues, nuestros mejores compañeros; y, como elevan nuestros pensamientos y nuestras aspiraciones, obran como preservativo contra la mala sociedad. "Una inclinación natural á la lectura y á los trabajos intelectuales"—dice Tomas Hood—"me ha salvado probablemente del naufragio moral á que estan expuestos todos los que han carecido desde temprano de la dirección de la familia. Mis libros me han alejado del juego, de la taberna y del burdel. El que ha vivido en la intimidad del gabinete con Pope y Addison, y cuyo espíritu está habituado á oír el noble, pero silencioso lenguaje de Shakespeare y de Milton, no puede buscar ni aceptar una sociedad baja y servil."

Hase dicho con verdad que los mejores libros son los que más se asemejan á las buenas acciones; porque purifican, elevan y sostienen; ensanchan y descombrazan el espíritu, y lo preservan de las vulgares pompas mundanales; tienden á producir una alegría digna, y un carácter siempre igual; y modelan,

orman y humanizan las almas. En las universidades del norte las escuelas en que se estudian los clásicos antiguos han recibido el apropiadísimo nombre de "clases de humanidades" (2)

Erasmus, el grande erudito, creía hasta que los libros debían ser colocados entre las necesidades de la vida, y los vestidos, entre los objetos de lujo; y para comprar los unos, solía aguardar hasta que había conseguido los otros. Apreciaba preferentemente las obras de Cicerón, y se sentía siempre mejor después de haberlas leído. "Jamás puedo"—decía—leer los tratados de Cicerón sobre la ancianidad a la amistad y sus *Tusculanas*, sin llevarlos fervorosamente a los labios, y sentirme penetrado de veneración por un espíritu que casi parece haber sido inspirado por el mismo Dios." Dicen que leyendo por acaso el *Hortensius* de Cicerón, fué como San Agustín, que había sido hasta entonces un libertino, comenzó a renunciar a su vida escandalosa, y se entregó a una serie de investigaciones y estudios que le llevaron hasta llegar a ser uno de los más grandes Padres de la Iglesia. Sir Guillermo Jones se había impuesto la tarea de leer todos los años, desde el principio hasta fin, los escritos de Cicerón, cuya vida fué el gran modelo de la suya.

Cuando el buen viejo puritano Baxter se puso a numerar todas las cosas preciosas de que la muerte le privaría, pensó en el placer que había encontrado en los libros y en el estudio. "Cuando muera"—exclamaba—"será necesario renunciar no solamente a los placeres de los sentidos, sino también a los placeres más nobles del estudio, de la ciencia, de la conversación con hombres sabios y piadosos; será menester renunciar a mis lecturas, al encanto que experimento en el ejercicio público ó privado de la religión. Tendré que abandonar mi biblioteca y no volver a hojear esos libros tan seductores. No volveré a estar entre los vivos para ver el semblante de mis fieles amigos, y no seré visto por nadie; las casas, las ciudades, los campos, los paisajes, los jardines, los paseos nada valdrán para mí. No volveré a oír hablar de los negocios de este mundo, ni de los hombres, ni de las guerras, ni de los demás acontecimientos; ni sabré qué suerte corran los sagrados intereses de la sabiduría, de la piedad y de la paz, que me fueron siempre tan caros."

Inútil es citar la enorme influencia que han ejercido los libros sobre la civilización de la humanidad en general, desde la Biblia hasta nuestros días. Ellos contienen toda la ciencia acumulada por la raza humana: son los anales de todos los trabajos, de todos los perfeccionamientos, de las especulaciones, triunfos y derrotas en las ciencias, en la filosofía, en la religión y en la moral; y han sido en todo tiempo las fuerzas motrices más considerables. Desde el Evangelio hasta el *Contrato Social* dice

(2) A pesar de ciertas críticas recientes sobre el estudio de los clásicos, que se ha considerado como una pérdida de tiempo, es incuestionable que él da el último toque a toda cultura intelectual. Los clásicos antiguos contienen los más perfectos modelos de arte oratorio, y los mejores escritores han sido siempre los más empeñados en estudiarlos. La educación clásica fué el instrumento de que se sirvieron Erasmo y los demás autores del Renacimiento para purificar la Europa; ella distinguió a los más grandes pensadores del siglo diecisiete y caracterizó a nuestros mejores estadistas. "No sé como sea"—dice un escritor inglés—"pero el estudio de los antiguos me parece que produce en los que a él se dedican, un juicio tranquilo y serio que les permite apreciar justamente, no solo sus obras literarias, sino también a los hombres y los acontecimientos en general. Los grandes humanistas tienen una experiencia sólida é imponente, pesan más que otros los hechos, y son más conocedores del lenguaje corriente que hablan sus contemporáneos."

Bonal—"los libros son los que han hecho las revoluciones." Es evidente que mayor suele ser la importancia de un buen libro, que la de una gran batalla. Las obras de imaginación han ejercido también inmensa influencia sobre la sociedad; y por eso Rabelais en Francia y Cervantes en España, combatieron a un tiempo mismo los abusos de los órdenes monacales y los de la caballería, sin emplear otra arma que el ridículo, natural contraste de los terrores humanos. Rió entónces el pueblo y recobró todo su aplomo, hasta que apareció el *Telmato* y encaminó a los hombres hácia las armonías de la naturaleza.

"Pertenece los poetas"—dice Hazlitt—"a una raza que dura más que la de los héroes; como que respiran más libremente la atmósfera de la inmortalidad, y sobreviven de una manera más completa en sus pensamientos y en sus hechos. Poseemos todo cuanto Virgilio y Homero hicieron, como si viviésemos en tiempo de ellos; y podemos tener sus obras en nuestras manos, colocarlas a la cabecera de nuestro lecho ó besarlas reverentemente; mientras que de cuanto han hecho los héroes, apenas queda pálida memoria. Los unos, los autores muertos, pueden decirse que viven aún, porque respiran y obran en sus escritos; los otros, los conquistadores del mundo, no son más que cenizas en una fúnebre. La simpatía (si tal puede llamarse) es más íntima y más viva entre dos pensamientos que entre el pensamiento y la acción. Ligase el pensamiento al pensamiento como la llama a la llama que estacando: rendir tributo de admiración a los marcos del heroísmo, es quemar incienso sobre un monumento de mármol. Las palabras, las ideas, los sentimientos se compactan con el tiempo y adquieren forma sustancial; los objetos, los cuerpos, las acciones se convierten en polvo ó se funden poco a poco—hasta que apenas queda de ellos el sonido, una ligera huella... y no sólo se borran las acciones del hombre y desaparecen con él, sino que hasta sus mismas virtudes, sus más altas cualidades le acompañan a la tumba. Su inteligencia, sólo su inteligencia, es inmortal; y ella es lo único que él puede transmitir intacto a la posteridad; porque lo único que dura siempre son las palabras."

ACERTIJOS PARA LOS NIÑOS.

Un amo pidió un vaso de agua a su criado, y éste le dijo que no había venido al aguador, ni había una gota en toda la casa. "Pues entónces, repuso el amo, hazme una taza de té."

Como se reprendiese a un sujeto porque solía dormirse con la boca abierta, y se le dijese que cuando estaba dormido ponía un semblante horrible, llamó a su criado y le dijo:

—Esta noche me pondrás un espejo a los pies de la cama, porque quiero mirarme cuando duerma, y saber si estoy tan feo como dicen.